

PUBLICACIONES Cinema

50
PTAS.



Warren WILLIAM con
Gail PATRICK

en
El beso revelador



El beso revelador

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE
ASUNTO SENSACIONAL E INTERESANTE

DIRIGIDA POR

JAMES WHALE

UNA PELICULA



DISTRIBUIDA POR
HISPANO AMERICAN FILMS S. A.
Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

WARREN WILLIAM
GAIL PATRICK

CON

RALPH MORGAN
WILLIAM LUNDIGAN
CONSTANCE MOORE
CECIL CUNNINGHAM

Y OTROS CELEBRADOS ARTISTAS

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL BESO REVELADOR

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

La acusación fría, dura, implacable, del fiscal, inclinó la balanza de la Justicia hacia el veredicto de culpabilidad. Aquella eloquencia acusadora de James Stowell, que un compañero de profesión había calificado, muy acertadamente, de «acerada y cortante como la hoja de un puñal florentino», cayó sobre el acusado como una losa. El autor del último crimen sensacional de Nueva York, fué condenado a la silla eléctrica. De nada sirvió el brillante alegato de la defensa: Stowell había triunfado una vez más. El fiscal, implacable, había sido más fuerte que el defensor clemente. En aquel duelo a muerte de dos eloquencias, había ganado la primera. Era inútil luchar con aquel hombre. De no haber sido un magistrado recto e intachable, incapaz de buscar la condena de un inocente, habría resultado un hombre temible para esos reos a los que sólo una apariencia de culpabilidad lleva al banquillo de los acusados. Pero Stowell había rechazado siempre los casos dudosos. Sólo cuando se trataba de un criminal sobre el cual no pudiera haber ni la apariencia de duda, aceptaba él su penoso deber de fiscal convencido de que con ello hacía un bien a la sociedad, aquella misma sociedad que se ensañaba con él muchas veces en los periódicos, en las tertulias de profesionales de la Justicia, criticándole por haber ido demasiado lejos en una acusación, llevando al patíbulo a un delincuente que tal vez habría podido salvarse...

Aquel que unas horas después iba a sentarse en la silla eléctrica —el último criminal de la serie interminable de de-

lincuentes a quienes el fiscal Stowell había hecho condenar implacablemente—, había tenido buenos compañeros empeñados en salvarlo, y que no habían perdonado medio para conseguirlo. Algunos diarios fueron comprados, los mismos diarios que atacaban invariablemente a Stowell, y que él acostumbraba a leer con un gesto de amable desprecio. Estos diarios intentaban, inútilmente, manchar la reputación del fiscal metiéndose en su vida privada, publicando chismes de portera... Pobres argumentos para convencer a los jueces de que no debían llevar a la silla eléctrica al hombre que la acusación de éste había condenado a la última pena...

El criminal fué ejecutado. El mismo día que se cumplió la sentencia, Stowell comentaba un poco irónicamente que el reo no había dejado, por lo menos, parientes que lloraran su muerte, ya que se trataba de un hombre sin familia, sin hogar, sin oficio ni beneficio.

—Tenía un pariente en Méjico, un primo, según dicen, un perillán que ha jurado vengarle — objetó uno de los lugartenientes de Stowell.

—¡Bah! Un primo no es una esposa, hijos, padres... Se consolará fácilmente de la muerte de su pariente, y olvidará la forma en que ésta se produjo — repuso Stowell displicente.

En la vida del fiscal habían dos mujeres. Una de ellas llevaba el sonoro nombre de Lucy, era su esposa, y era, además, una de las mujeres mas bellas, inteligentes y elegantes de la alta sociedad neoyorquina. La otra, se llamaba Jean, era mucho menos joven y mucho menos bella que Lucy, pero era inteligentísima, diligente, discreta, simpática, y estaba desde hacía muchos años al servicio del fiscal, en calidad de secretaria. La primera, era el mejor ornato del hogar de Stowell —Jimmy en la intimidad—; la segunda, era el elemento indispensable de su oficina. Sin Jean, Stowell se habría visto en más de un trance apurado, debido a su exceso de trabajo y su falta de memoria que le hacían incurrir a veces en distracciones múltiples.

Precisamente aquel día estaba a punto de incurrir en uno de ellos. Suerte que allí estaba Jean para recordárselo, aquella Jean que a veces resultaba una gruñona insoportable a fuerza de traerle a la memoria cosas enojosas.

Pero esta vez no se trataba de nada semejante. Muy al contrario, se trataba de evitar un pequeño conflicto conyugal. Stowell, el fiscal Stowell, enamorado de su mujer hasta un

extremo que ni él mismo podía concebir, se había olvidado, no obstante, de que era el día del cumpleaños de su Lucy, su Lucy querida, que en aquel momento le estaba llamando por teléfono para suplicarle que volviera a casa, que dejará de una vez todos sus asuntos para regresar al hogar, donde ella le estaba esperando con ansia...

Stowell, que estaba contestando cariñosamente a su encantadora mujercita, pero sin acordarse ni remotamente de felicitarla, vió de pronto cómo su secretaria le hacia guiños expresivos y le señalaba algo que había escrito en su carnet de notas y que acababa de colocar ante sus ojos. En él vió escrita la insólita noticia de que Lucy acababa de cumplir sus veintisiete años aquel mismo día, y que él, ¡él! le había mandado un espléndido broche de brillantes que era una preciosidad. En seguida comprendió lo sucedido. La diligente Jean, que no dejaba nunca un cabo suelto, se había apresurado a encargar una joya para su mujer, y se lo comunicaba en aquella forma, a fin de evitar que él «metiera la pata» por teléfono, al mostrarse sorprendido por lo que le estaba diciendo Lucy. Sonrió picarescamente y...

—¡Claro, claro querida que me acordaba de que era tu cumpleaños! Mis muchas ocupaciones no me impiden recordar fechas tan señaladas. ¿Qué? ¿Que si iré pronto a casa? Naturalmente. En cuanto despache unos asuntos. ¡Oh, Lucy querida, te prometo ir en seguida, en seguidita...!

Cuando hubo colgado el teléfono, se volvió hacia su secretaria para decirle sonriendo:

—De modo que yo le he regalado un broche de brillantes a mi mujercita...

—Sí, y también un ramo de flores preciosas, que ya habrá recibido a estas horas.

—Es usted un angel, Jean, un verdadero angel. Si no fuera por usted, yo, en lugar de ser el fiscal Stowell, habría acabado ya mi vida en la silla eléctrica...

—No digo que no. Es usted tan distraído, que sería capaz de hacerlo por un descuido —repuso la infame Jean soltando una carcajada—. Y, ahora, señor Stowell, a cumplir inmediatamente lo que ha prometido a su esposa y marcharse a casa como un buen marido, en lugar de permanecer en este odioso despacho...

Cuando Jean ordenaba una cosa no quedaba otro remedio que obedecer. Media hora después, Jimmy llegaba a su hogar

aquel hogar encantador, nido de amor en el que, desgraciadamente, podía permanecer tan poco rato.

Su mujercita le esperaba acompañada de sus dos inseparables amigos: Ana y Bob, un par de tórtolos que habrían sido la pareja más feliz de la tierra de no haber mediado entre ellos ciertas digencias de opinión que de vez en cuando nublaban el cielo de su dicha. Bob estudiaba para médico, pero le tenía un santo horror a los libros, horror que su novia intentaba combatir y vencer pensando en el día de mañana, en que ella pudiera convertirse en la esposa de todo un señor doctor. Por este motivo discutían siempre, y a veces las discusiones degeneraban en disputas, hasta el punto de estar peleados durante unos días. Entonces era Lucy, la encantadora amiga de ambos, la que servía de mediadora, trayéndoles el olivo de la paz y obligándoles a reconciliarse, cosa que, dicho sea de paso, hacían sin gran esfuerzo.

Gracias a aquella joven pareja, alegre y simpática, Lucy no se aburría mortalmente en aquel hogar cómodo y lujoso que Stowell había mandado preparar para ella, pero en el que se encontraba tan sola, ¡tan sola!, que a veces maldecía aquella profesión de su marido que le absorvía el tiempo, acaparaba sus horas, substrayéndolo a la dulce cadena de los brazos de su esposa.

Si; Lucy sabía que el gran amor que Stowell sentía hacia ella, no era compartido por ninguna otra mujer; pero sabía también que la Justicia era una rival temible, y que a ella sacrificaba su marido muchas horas, muchos pensamientos, muchas inquietudes, condenando a su mujer a una soledad injusta. A veces, Lucy había llegado a odiarla como si se tratase de una mujer de carne y hueso, aunque comprendía que el sentimiento del deber debe sobreponerse a todo, hasta el del cariño.

Al ver llegar a su marido, corrió a su encuentro gozosa, tendiéndole los brazos. Aunque él le hubiera dicho un momento antes, por teléfono, que iría inmediatamente a su casa, Lucy tenía sobraditas razones para no fiarse demasiado de las palabras de su marido. ¡Cuántas, cuantas veces después de haberle jurado y perjurado que estaba ya con un pie en el estribo del coche que debía volverlo al hogar, había permanecido luego esperándole inútilmente horas y horas! Y es que allá, en aquel despacho odioso de fiscal, un nuevo caso, más interesante que el último, había venido a absorber su aten-

ción en el preciso instante en que se disponía a volar a su casa, para echarse en brazos de su mujercita.

—Lucy —exclamó Jimmy besando amorosamente a su mujer—. Felicidades. Que por muchos, muchos años pueda repetirte esta palabra que tanto significa para mí, ya que tu felicidad va enteramente ligada a la mía. ¡Felicidades!

Se abrazaron largamente, sin importarles la presencia de los dos jóvenes que, por otra parte, ya estaban acostumbrados a aquellas escenas de ternura. Después bebieron juntos a la salud de Lucy. Al levantar el vaso lleno de whisky, Stowell se lo quedó mirando unos instantes.

—¿De dónde has sacado esta maravilla de cristalería? —inquirió.

—Es un regalo de Bob —repuso su mujer sonriendo.

—¡Te felicito, muchacho! Has tenido un gusto exquisito —elogió Stowell.

—Bob tiene buen gusto en todo —recalcó su mujer.

—Si solamente quisiera trabajar un poco, estudiar... —hizo observar su novia...

—¿Qué quieres decir con eso, amor mío? —inquirió el joven.

—Quiero decir que entonces serías el hombre perfecto...

—Mi encantadora futura mujercita tira con balá... como siempre —comentó Bob riendo.

Todavía permanecieron un rato acompañando al matrimonio. Finalmente, Ana se levantó para marcharse y Bob hizo lo propio. Lucy les vió salir sonriendo y luego, volviéndose hacia su marido...

—¡Qué pareja tan encantadora! —exclamó—. Acabarán casándose aunque se pasen el día peleando. Y ahora, mi señor marido, ¿puedo esperar que me dedique usted el resto de la velada?

—¿Por qué crees que me he apresurado a venir a casa sino por eso? He dejado una multitud de asuntos pendientes, pero no importa. El hogar ante todo. Vamos a cenar juntitos y solos a un restaurante, y luego iremos donde tú quieras.

—Es cierto eso, Jimmy? Apenas me atrevo a creerlo.

Creola, la incommensurable Creola, la doncella negra de Lucy, apareció en aquel momento, precisamente cuando Stowell estaba besando a su mujercita como si en lugar del severo fiscal temido de todos los delincuentes fuera un enamorado cadete. Creola venía a anunciar que reclamaban al señor al teléfono.

—Es un policía que me ha dicho que tiene que decirle una cosa urgente — aclaró Creola con su charla pintoresca.

—Pues dile a este policía que no estoy en casa...

Salió Creola con su paso calmoso, sus grandes ojos eternamente asustados, repitiendo por lo bajo lo que acababa de ordenarle su amito y volvió al cabo de unos instantes para anunciar con aquel inconfundible acento inglés de Harlem.

—He dicho que el señor me había dicho que dijera que no estaba en casa y...

Lucy, que tenía una amable benevolencia para las torpezas de Creola, soltó una carcajada fresca al oírla, no así Stowell que la lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué te han contestado? — inquirió.

Pues me han contestado que... me han dicho que le dijera al señor que el primo de México había llegado, que estaba en la ciudad y...

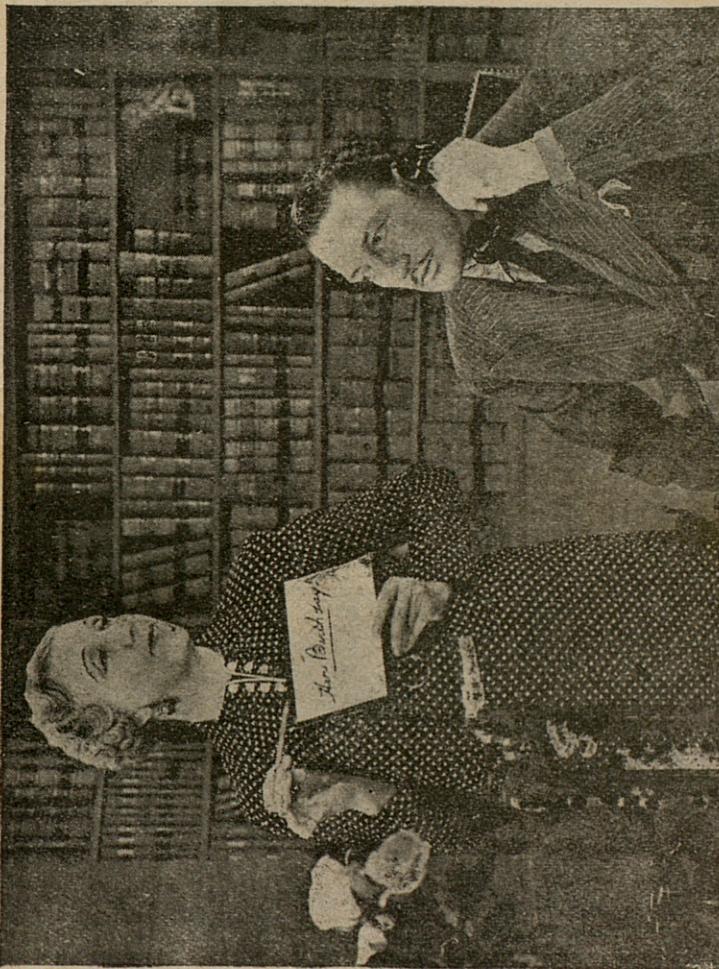
Lucy se volvió hacia su marido súbitamente inquieta.

—¿Qué habrán querido decir con eso del primo de México? Stowell se encogió de hombros.

—Nada, nada de particular — repuso imperturbable. — Ahora ve a vestirte, mejor dicho, a desvestirte, porque supongo que te pondrás uno de estos trajes que te sientan tan bien y que son tan hermosos como ligeros...

En efecto, cuando Stowell entró en el cuarto de su mujer, vestido con su frac impecable, la encontró ataviada con el traje que él se había imaginado, vaporoso, ligero, escotado, y que le sentaba maravillosamente. Se la quedó mirando unos instantes, contemplándola con arrobo, como si la viera por vez primera. Y es que para Jimmy, su mujer poseía una belleza que se renovaba a cada día, a cada instante.

Se acercó a ella que se hallaba sentada ante el espejo de su tocador, dando los últimos toques a su maquillaje, y la besó apasionadamente en el cuello, hundiendo su rostro en él, aspirando el perfume de su piel fresca y suave. Contempló después la imagen de ambos reflejada en el espejo, y sonrió al ver el rostro de ella que expresaba toda la felicidad y el arrobo de una mujer enamorada. Se sintió entonces atacado de un súbito remordimiento al pensar que por unos instantes había podido olvidar que aquel era el día de su cumpleaños, y se propuso confesárselo para hacerse acreedor a su perdón. Como si ella hubiese adivinado lo que pasaba por su mente, le reprochó con dulzura:



Stowell, vió de pronto como su secretaria le señalaba algo escrito en su carnet de notas.



... se oyó un disparo, y el Fiscal cayó pesadamente al suelo.

713-15

—Eres un ingrato. Me tienes completamente olvidada.

—No es cierto, Lucy — protestó el marido. —No te tengo olvidada. Y no te tengo olvidada porque esto es completamente imposible. ¡Ah, si supieras cómo te quiero! ¡Tanto, tanto, tanto! A veces me parece imposible que se pueda querer tan intensamente. Eres toda mi vida, y si algún día llegara a faltarme tu cariño, no sé lo que sería de mí.

—Y sin embargo, dedicas muchas más horas al ejercicio de tu profesión que al querer a tu mujercita. Me dejas muy abandonada, Jimmy, mucho, y mi amor se resiente de esto. Hace tiempo que quería decírtelo.

—¡Lucy! ¡No me hables así! ¡No sabes el daño que me haces! Es cierto que paso muchas horas fuera de casa, que a veces no te atiendo como mereces, pero tú sabes que el deber impone muchos sacrificios y que yo me debo a la Justicia...

Lucy había terminado su tocado. Se levantó y su marido le colocó la capa sobre los hombros desnudos. Estaba tan arrebatadoramente hermosa, que no pudo contenerse de besarla. Ella sonrió amorosamente y le devolvió la caricia, pero siguió empeñada en reprocharle, siempre con la misma dulzura en el acento, como si quisiera con ello atenuar el daño que pudieran causar sus palabras.

—Qué cariñoso estás hoy conmigo, Jimmy! Hacía tiempo que no te veía así. ¿Qué te sucede?

—Me sucede que me estoy dando cuenta de que soy un tonto. Se acabaron las ausencias prolongadas. De aquí en adelante me convertiré en un marido modelo. Olvidaré por completo a la señora de los ojos vendados y la balanza en la mano, que se llama Justicia, y que dicho sea de paso es tu única rival, para dedicarme por entero a tí. Ya verás, ya verás cómo no vas a tener más quejas de mí...

—Dios lo quiera, Jimmy, porque es lo cierto que me siento tan sola en esta casa. He llegado a tener miedo... Sí, sí, no te rías...

—¿Miedo de qué?

—No sé. Tal vez de los fantasmas...

—¡Ah! — dijo Stowell poniéndose repentinamente serio. Fué hasta el armario, lo abrió, sacó un revólver de uno de los cajones y...

—hay que ir prevenidos por si acaso sale alguno de estos fantasmas que te inquietan — explicó medio en serio medio sonriendo.

No era pensando en los fantasmas precisamente, sino pensando en aquel «primo de México» que el fiscal había decidido armarse del revólver. Lucy no lo comprendió, y protestó indignada:

—Pero, Jimmy! ¿Ni siquiera el día de mi cumpleaños puedes olvidar que eres un criminalista, y salir desarmado a la calle como cualquier otro hombre?

—Hombre prevenido vale por dos...

—¡Oh! Jimmy, serás siempre el mismo.

Salieron. En la puerta del chalet les esperaba el coche. El chófer abrió la portezuela; Lucy entró...

Y en el preciso momento en que Stowell, después de haberle dado al chófer el nombre del lugar a donde quería que les condujera, iba a entrar también en el coche, se oyó un disparo, y el fiscal cayó pesadamente al suelo. La agresión había sido producida tan rápidamente que ni Lucy ni el chófer habían tenido tiempo de evitarla. El disparo había partido del interior de otro coche que se había parado hacia unos minutos a pocos metros del de Stowell. El coche aquél partió velozmente, pero al llegar a la esquina, dió un viraje con tan mala fortuna, que fué a dar contra una pared, chocando violentamente.

Al día siguiente, los periódicos de la mañana publicaban la noticia sensacional a grandes titulares:

«EL FISCAL STOWELL, AGREDIDO POR UN PARIENTE
DEL ULTIMO ACUSADO AL QUE LLEVO
A LA SILLA ELECTRICA.»

«Ayer noche, al disponerse a subir a su coche en el interior del cual se hallaba ya su esposa, el fiscal Stowell fué agredido a tiros por un desconocido que ocupaba otro coche, y que murió instantes después víctima de un accidente, al precipitarse el vehículo que ocupaba contra una pared. El agresor resultó ser un primo de Bartley, el conocido criminal que había sido electrocutado por la mañana. Afortunadamente, la herida de Stowell carece en absoluto de gravedad. El ilustre criminalista, que ha ingresado en una clínica, está siendo visitadísimo. Los médicos esperan poder darle de alta dentro breves días.»

CAPITULO II

Allá en la cama del hospital, Jimmy, a quien la herida recibida en el brazo no molestaba mayormente, sufria resignadamente la «agresión» de los periodistas, que, esclavos de su deber, se mostraban implacables con él, sometiéndole a interrogatorios, haciéndole poner en pose cada cinco minutos para sacarle fotografías, cegándole a cada instante con la luz del magnesio... Stowell empezaba a odiar la popularidad, y enviaba al transeúnte anónimo, víctima de una agresión cualquiera, que no tiene que dar luego cuenta de sus actos a nadie, y puede convalescer tranquilamente olvidado de todos los que no sean los miembros de su familia...

Cuando por fin la puerta del cuarto que ocupaba se cerró para los curiosos y Jimmy pudo hallarse a solas con el doctor, éste le dió la buena noticia de que pronto, muy pronto, podría levantarse de la cama y reanudar su vida normal, aunque debería dejar transcurrir algunas semanas antes de dedicarse de nuevo a sus actividades...

Llegó Lucy, vestida con un traje primaveral, que era un prodigo de elegancia, tocada con un amplio sombrero de paja, encantadora como siempre. Se sentó al borde de la cama de su marido, y le besó con ternura. Había pasado unos momentos de dolor infinito, cuando un instante después de haberse ensangrentado, gritando desesperada, sin que él respondiera a sus llamadas. Por un momento creyó que había muerto, y cuando fué recogido del suelo y llevado rápidamente en una ambulancia al hospital, vivió una eternidad de angustia en unos pocos minutos. Afortunadamente, los temores se habían desvanecido. La agresión había sido tan brutal como inútil. Jimmy, ligeramente herido en el brazo, curaría pronto, para volver a ejercer aquella Justicia que a veces le salía un poco cara.

—Oh, Jimmy! Mientras venía hacia el hospital y oía oír los periódicos dando detalles de tu agresión y tu estado, pensaba... pensaba... ¡qué sé yo! En que esta explosión de odio que pudo causar tu muerte puede repetirse otra vez y... ¡Qué horror, Jimmy! ¡Sólo de pensarlo me desespero! ¡Ah, si pudiera arrebatarle de este mundo en que vives! ¡Si pudiera hacerte olvidar tu profesión! ¡Te quiero tanto! Despues de lo que acaba de ocurrir no podré tener ni un momento de tranquilidad.

—Tienes razón, amor mío — repuso Stowell besando la mano de su mujercita. —Pero yo no puedo «colgar los hábitos» y dejar mi profesión así como así. No tienes que temer por mí. La agresión no ha de repetirse, y aunque así fuera, también saldría indemne. Tengo siete vidas como los gatos. Ahora bien, me interesa mucho que se desvanezca esta nubecilla que nubla tu semblante, y te voy a hacer una proposición que no dudo ha de conseguirlo. ¿Qué te parece si hiciéramos un viaje de unas semanas...? Dentro de unos días estaré ya en disposición de salir a la calle y entonces...

—¡Jimmy! ¡Puedo creer lo que estás diciendo?

—Nunca hablé tan en serio... — repuso Stowell abrazando a su mujer.

Los días que siguieron fueron de continua felicidad para Lucy. Acompañada de sus inseparables amigos Ana y Bob, se pasó horas y horas preparándose por el viaje, haciendo mil proyectos, discutiendo acerca del lugar donde se encaminarían. A través de los folletos de propaganda, desfiló ante ellos un mundo de ensueño. El Viejo Mundo, la eternamente inquieta Europa. Italia, España, países de sol, Francia, Alemania, Holanda, Suiza la incomparable... Y sin necesidad de ir tan lejos, Cuba, la isla de maravilla, Méjico, con sus inmortales vestigios de la antigua civilización incaica, las islas Haway... ¿Dónde ir? ¡Había tantos rincones hermosos en el mundo! ¡Tantos bellos lugares que tentaban la imaginación del turista! Jimmy le había cedido el derecho de elección. Sólo le había pedido que le concediera unos días para poner en orden sus asuntos fiscales.

Y llegó por fin la fecha elegida para salir de viaje. ¡Con qué amor, con qué ilusión preparó Lucy las maletas! Por fin, por fin, después de tanto tiempo iba a realizar su anhelo de estar días enteros, de la mañana a la noche, con su marido...!

Había otra mujer que sin irse de viaje, estaba casi tan contenta como la misma Lucy. Esa mujer era la secretaria del fiscal, que profesaba a ambos un cariño entrañable, en el que iba envuelto una especie de admiración por Stowell. Ella le ayudó febrilmente durante toda la tarde del mismo día en que tenían que marcharse, a fin de que pudiera despachar pronto los asuntos y no fuera a perder el vapor. ¡Aquel Stowell era capaz de olvidarse de todo cuando se hallaba embebido en su trabajo!

Cuando por fin le vió salir, después de haberse despedido

afectuosamente de ella, respiró tranquila y se dispuso también a marchar, ya que era la hora de cerrar la oficina.

Una llamada telefónica, y otra y otra... Todos pedían por el fiscal Stowell, y a todos contestaba invariablemente la secretaria diciendo que su jefe se había marchado, con rumbo desconocido, sin decir nada...

Se empolvó el rostro, se colocó el sombrero, y se dispuso a salir. Al abrir la puerta se encontró con uno de los lugartenientes de Stowell que venía a verlo. Traía una noticia sensational. La esposa del célebre doctor Mac Arlan, el especialista en enfermedades nerviosas, había sido muerta a tiros, suponiéase que por su marido, que había sido detenido, encerrándose en un mutismo inalterable.

—Y claro, habéis decidido que sea Stowell el que le haga hablar. Pues lo siento, porque ya se ha marchado y esta vez tendrá que encargarse otro de este asunto — repuso la secretaria.

Y viendo qué el otro persistía en entrar, le cedió el paso, diciéndole: —Si no quieres creermee, quédate aquí esperándole. Yo me marcho. No te olvides de cerrar la puerta y dejar la llave al portero.

Un instante después, entraban en el despacho de Stowell unos policías conduciendo a Mac Arlan, el supuesto asesino de su mujer. Lo sentaron en un sillón, se agruparon a su alrededor, y empezaron a someterlo a un interrogatorio violento, duro, implacable. Todo inútil, Mac Arlan seguía con su mutismo.

Entonces apareció en la puerta del despacho el fiscal Stowell en persona. Era hombre distraído para las cosas pequeñas, y se había olvidado un documento que tal vez le sería necesario durante el viaje... Volvió a recogerlo y he aquí que se encontraba su despacho invadido por la policía y Mac Arlan, el doctor Mac Arlan, pálido y desencajado, mirándole con una expresión indefinible.

En dos palabras fué puesto en antecedentes de lo que sucedía... Se trataba de hacer hablar aquel hombre que parecía idiotizado, aquel hombre en cuyo rostro el dolor había dejado huellas indelebles.

Todo, absolutamente todo quedó repentinamente olvidado por el fiscal. Su esposa, el viaje prometido, la inmensa alegría que con ello proporcionaba a la mujer querida, la palabra empeñada. Ante él se erguía «un caso», un caso interesantísimo, apasionante, tal vez difícil...

El despacho estaba en semipenumbra. Sólo una lámpara, cuyo pie descansaba sobre la mesa, frente a la cual habían sentado al doctor Mac Arlan, permanecía encendida. Aquella lámpara iluminaba extrañamente el rostro del inculpado, y gracias a ella podía el fiscal contemplar con todo detalle la más mínima expresión de su cara...

Un minuto después, el fiscal y el supuesto asesino se hallaban solos, frente a frente. Los demás policías habían desaparecido discretamente. Aguardaban en la habitación vecina el momento en que Stowell les diría: «Ya podéis entrar», para llevarse al hombre que por entonces ya habría confesado... Porque no les cabía la menor duda que Stowell, sin necesidad de llegar a usar ningún procedimiento violento, le haría «cantar» de plano...

Comenzó el interrogatorio. Habil, sutil, astuto, persuasivo, magistral. La voz, el gesto, las palabras, todo, todo magníficamente estudiado. ¿Qué extraño poder de persuasión poseía aquel hombre, capaz de soltar la lengua del más rehacio? Cinco minutos después de haber quedado a solas con Mac Arlan, éste había empezado a romper su mutismo. Poco a poco la confesión entrecortada, balbuceante, punzante, dolorosa, fué saliendo de sus labios unos instantes antes tan herméticos...

Y habló, habló, mientras los ojos del fiscal observaban las más ligeras reacciones de su rostro... y en la habitación vecina, valiéndose de un aparato transmisor, iban impresionando un disco de todo lo que decía el hombre de ciencia, convertido ahora, por un golpe de la adversidad, en un pobre ser deshecho y acongojado...

—Sí, fui yo, fui yo el que la maté. ¡Yo, que la quería tanto!... Estaba loco por mi mujer, completamente loco. Era hermosa, joven, seductora. Mi ciencia me apartaba de ella algunas veces, pero siempre volvía a su lado más enamorado que antes. Esta noche tenía que salir para asistir a una reunión médica. Al llegar a la esquina de casa me di cuenta de que lloviznaba y retrocedí para ir en busca de un paraguas. Entonces subí al cuarto de mi mujer. Estaba sentada frente al espejo, vestida con un «deshabillé» que le sentaba maravillosamente. ¡Nunca la habían visto mis ojos tan hermosa! Me acerqué a ella, y besé apasionadamente, ardientemente, su garganta desnuda. Pero entonces se me ocurrió mirar su imagen en el espejo y vi... ¡oh!, vi la expresión de su rostro al sentir el contacto de mis labios. Era una expresión inconfundible,

de desprecio, al mismo tiempo que casi sin poderse contener, rechazaba mi caricia con un gesto de asco. Entonces creí comprender algo horrible. Mi mujer no me quería, mi mujer no podía soportar mis caricias y estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no demostrármelo.

Lo que yo sentí entonces es imposible de definir. Fuí un derrumbamiento total de mi ser, un hundirme de repente en un abismo negro... ¡No sé lo que pasó por mí! ¡Toda mi adoración por ella pareció haberse desvanecido de repente para dar lugar a un sentimiento de odio. Me di cuenta de que estaba celoso, ¡sí, celoso! Antes de que mi sospecha llegara a concretar en un pensamiento, mi instinto me había advertido de que debía existir otro hombre, ¡otro hombre!, en la vida de mi mujer, otro hombre que, al inclinarse para besarla como yo lo había hecho, no vería reflejado en el espejo aquel gesto, sino todo lo contrario...

Me despedí de nuevo de ella, después de haberla oido decir que iba a una fiesta en casa de una amiga... ¡Mentía! Apostado en la esquina de la calle la vi salir, subir al coche que la esperaba... Salté dentro de un taxi, y la seguí... Llegamos a una casa de las afueras de la ciudad, una casa torre, con un jardincito. Descendió rápidamente, entró en ella... Un instante después, a través de los visillos de una de las habitaciones de la casa, en la que se había encendido de repente la luz, vi, vi las sombras de un hombre y una mujer que se enlazaban, que unían sus bocas en un beso... Enloquecí, saqué el revólver del bolsillo, aquel revólver que había cogido casi inconscientemente, al salir de casa, y disparé, disparé uno, dos, tres, cuatro tiros... Sí. Maté a mi mujer, maté a la infiel que había ido a buscar allí en brazos de otro hombre lo que no podía hallar en los míos... He destruido lo que más quería en el mundo, lo he destruido con mis propias manos. Ahora la vida ya no tiene atractivo ninguno para mí...

Ocultó el rostro entre sus manos y sollozó desesperadamente, perdidiamente, como un niño.

Stowell había estado escuchando la confesión de Mac Arlan con una atención aguda, agudísima, pero sin que su rostro expresivo revelara la más ligera emoción. No; el relato conmovedor y apasionante de aquel hombre, cuyas facciones se habían animado a medida que iba hablando, que iba exponiendo con palabras dolorosas y profundas la terrible tragedia de su vida, no había emocionado lo más mínimo al fiscal Stowell. Para él,

el hombre que tenía ante sus ojos no era más que un asesino. Un hombre «que había matado» a un semejante suyo, y nada por muy conmovedor, por muy trágico que fuera, podía disculpar su falta ante sus ojos. James Stowell tenía sobre esto un criterio inflexible.

Entraron los hombres que se hallaban en la habitación contigua y se llevaron aquel pobre ser abatido por el dolor, que seguía sollozando perdidamente, sin que aquel otro ser que hasta aquel momento había estado a su lado arrancándole una confesión con palabras irresistiblemente persuasivas, tuviera para él la menor palabra de compasión. Stowell permaneció solo en su despacho, horas y horas, estudiando el caso, y cuando llegó a su casa, encontró a su mujer con los ojos enrojecidos de tanto llorar, que le había estado llamando por teléfono una vez y otra, oyendo de labios de su marido las palabras desalentadoras: —No puedo ir ahora, es imposible, imposible...

El viaje quedó aplazado indefinidamente. ¡Y todo porque a un marido celoso se le había antojado matar a su mujer! Decididamente la suerte de Lucy no era muy digna de envidia...

Mac Arlan pertenecía a una de las familias más conspicuas de Nueva York. Precisamente por culpa de aquella mujer a la que había matado, había reñido con los suyos. Ahora éstos iban a poner en juego todo su dinero y toda su influencia para salvarlo de las garras de la silla eléctrica que se erguía ante él.

Pronto se echó de ver que el dinero de los Mac Arlan se había prodigado a manos llenas, tratando de comprar la prensa. Una campaña dura e insistente contra el fiscal Stowell, fué el preludio de ella. Pero se equivocaban los que creían que podrían llegar a intimidar a aquel hombre inflexible. Nada ni nadie lograría apartarle del camino que se había trazado, fruto de una opinión preconcebida. Mac Arlan era culpable, y debía pagar su deuda ante la sociedad.

Desde el día del viaje frustrado, las relaciones del matrimonio se habían enfriado notablemente. Stowell, herido por la actitud un poco hosca de su mujer, se lamentaba en su fuero interno de la «incomprensión y el egoísmo» de las mujeres. Era una manera cómoda de evadir la responsabilidad de su falta para con ella. No quería perdonarle que Lucy se hubiera sentido herida en sus más íntimos sentimientos porque él hubiera preferido encargarse de la acusación de un hombre, cosa que habría podido evadir fácilmente, que atender el íntimo y recóndito deseo de su mujer querida.

Un sentimiento de rebeldía se había apoderado de la esposa de Stowell. Le había perdonado muchas cosas, muchas, pero aquella última había colmado la medida. Todas las razones aducidas por su marido, le parecían pobres y faltas de sentido. El hecho de que él hubiese renunciado a algo que constituía la suprema ilusión de ella para darse el gusto de mandar a un hombre a la silla eléctrica, le resultaba tan absurdo como incomprensible. No quería aceptarlo, no podía...

Al mismo tiempo, se operó en Lucy un extraño fenómeno. La personalidad de Mac Arlan, las circunstancias en que se había cometido el crimen, todo, todo, empezó a interesarse de una manera extraordinaria. Leyó ávidamente los periódicos que traían noticias del crimen, las confesiones del asesino, y sobre todo, sobre todo, aquel disco que Stowell había llevado a casa y encerrado cuidadosamente en la caja de caudales llegó a obsesionarle de tal manera, que no podía resistir el deseo de escucharlo frecuentemente. ¡Ah! Para ella no era aquello «el documento acusatorio más elocuente», como decía su marido, sino la confesión más dolorosa, más sincera, más alucinante que hubiera podido hacer jamás un ser humano. La audición del disco, había llegado a producirle una sensación de pena hondísima, que se traducía en un raudal de llanto...

Aquella noche había sucumbido una vez más a la tentación. Había sacado el disco de la caja de caudales y lo estaba escuchando ávidamente. En el momento en que la voz de Mac Arlan, decía las palabras desgarradoras: ¡Yo la maté, yo la maté!, llamaron a la puerta. Ella misma acudió a abrir, después de haber guardado de nuevo el disco y haberse enjugado las lágrimas que, casi inconscientemente, rodaban por sus mejillas. El inoportuno visitante era Bob, el simpático Bob, que acudía a casa de Lucy, en donde sabía que su presencia era siempre bienvenida. Esta vez no venía solamente con el exclusivo objeto de visitar a su buena amiga, sino a pedirle un favor.

—Estoy desolado con lo que sucede con este pobre Mac Arlan... Tu marido mantiene una acusación imp'acable, y si he de serse franco, tota'mente injusta.

—Tú conoces el criterio de Jimmy en estos asuntos. Para él un asesino es siempre un asesino, no importa cuáles sean los motivos que le hayan inducido a la comisión de su delito...

—Pero es que ahora se trata de un caso extraordinario. Mac Arlan es un hombre eminenté, un hombre de ciencia, un

hombre honrado y cabal como el mejor de los ciudadanos de Norteamérica. Yo lo he tenido de profesor en la Facultad y le admiro profundamente, como le admirán todos los que han tenido la suerte de ser sus discípulos. No comprendo como Jimmy puede ser tan duro con él, como podría serlo por un gángster cualquiera. He venido precisamente a pedirte que intercedas por él ante Jimmy. De él depende que Mac Arlan se salve o vaya a la silla eléctrica, y francamente, creo que en un caso como este, «es de justicia» tratar de comprender su crimen y encontrarle todas las atenuantes posibles...

Stowell acababa de llegar a su casa en aquel preciso momento. Se había quitado el abrigo y el sombrero, y se disponía a ir a la terraza en donde suponía se hallaba su mujer, cuando oyó la voz de Bob hablando en tono alterado. Se detuvo en la puerta escuchando. Las últimas palabras que pronunció el joven, habían llegado confusamente a sus oídos. En cambio oyó claramente cómo su mujer decía:

—No conoce a mi marido. Todo lo que yo le dijera sería perfectamente inútil. Cuando está metido de lleno en una causa como esta, «vive» fuera de sí mismo, entregado por completo a su labor. Me escucharía sin oírme. Además, tiene un criterio inflexible. Te aseguro, mi querido Bob, que «yo soy la menos indicada para decirle nada». No querría ni siquiera escucharme.

El rostro de Stowell se ensombreció. No eran, empero, las palabras de su mujer las que habían alterado su ánimo. Era «la entonación con que habían sido pronunciadas». Era una entonación de desprecio, de rebeldía, una entonación que Lucy no había tenido jamás para hablar de él. Se mordió los labios, y sin duda para evitar que Bob y Lucy descubrieran su presencia, se retiró discretamente, en el preciso instante en que el muchacho se levantaba para irse.

Pasaron unos días. Se acercaba la hora fatal en la que Mac Arlan debería comparecer ante la inflexible justicia de los hombres. Stowell mantenía la acusación en todos sus puntos.

Empezó la vista de la causa, que había despertado una sensación enorme. La primera sesión fué terrible para el infeliz acusado. Stowell era implacable, brutalmente implacable. Sin consideración alguna por el estado físico del eminentе hombre de ciencia que estaba completamente deshecho, víctima de una crisis de depresión nerviosa, le sometió a un interrogatorio inquisitivo, astuto, duro, casi inhumano.

—Dice usted que adoraba a su mujer y, sin embargo, confiesa al mismo tiempo que la tenía completamente abandonada... Se casa usted con una mujer joven, de carácter alegre, amante de divertirse y ¿qué es lo que hace usted para conservar su amor? La deja encerrada en casa días y días, semanas, meses, sin salir un día con ella, sin dedicarle una hora siquiera. Siempre embobado en sus libros, en sus clases, en sus congresos, en sus sesiones, siempre estudiando, siempre olvidando que había constituido un hogar y que se debía a él, por lo menos, tanto como a su ciencia...

—Pero es que yo aspiraba al bien de la humanidad, al...

—Aspiraba al bien de la humanidad y en cambio, en su casa, emponzonaba la vida de una mujer que no podía ser feliz con la vida monótona y triste que llevaba. Se casó usted contra la voluntad de los suyos... Pasados los primeros meses empezaron las reyertas conyugales, según testimonio de algunos testigos... ¿No habrá influido en todos estos factores en la extrema facilidad con que usted —en un momento de locura, según dice— disparó contra ella al encontrarla en brazos de un amante? este amante a cuyos brazos la había precipitado usted mismo. ¡Sí! Usted con su conducta que no era, precisamente, la de un buen marido. No se dejó a una mujer joven, bella, apasionada, abandonada a sus propios impulsos... ¿Cuánto tiempo hace que no salían juntos usted y su esposa cuando cometió usted el crimen?

—Unos cuatro meses...

—Y durante estos cuatro meses, ¿qué hacía usted las noches? ¿Salía de casa? ¿Se encerraba en su estudio?

—Ultimamente daba lecciones nocturnas en el Instituto...

—¡Claro! El Instituto, la carrera, la profesión, todo antes que la esposa...

Empezó el desfile de testigos. Todos, con la excepción de dos o tres, fueron netamente favorables al acusado. ¡Pero Stowell era tan elocuente, sabía acusar con tanta certeza, con tanta verdad, con un criterio tan inflexible! Después de oírle a él se sentía uno inclinado a aceptar sus teorías. Un criminal es siempre un criminal, no importa cuáles sean las circunstancias que le hayan conducido a suprimir a un semejante suyo. Con la teoría de las disculpas, acabaría absolviéndose a todo el mundo. Mac Arlan había intentado en los últimos tiempos reconciliarse con su familia, sin conseguirlo por culpa de la mujer, que era el único obstáculo. Habían mediado reyertas

frecuentes entre los cónyuges. Mac Arlan había comprado un revólver en los días que precedieron al crimen. Claro que él lo había justificado diciendo que últimamente se habían cometido algunos atracos en el vecindario y él iba prevenido... Pero...

El «pero» de Stowell era siempre temible. Tras de él venía casi siempre la anatematización más dura del crimen, fuese de la índole que fuese, y la defensa más brillante de la justicia la justicia implacable, rectilínea...

La familia de Mac Arlan seguía trabajando en la sombra para salvar al asesino. Ahora, los diarios comprados con su oro, publicaban artículos francamente insultantes para el fiscal Stowell. Hablaban de su vida privada, de las asiduidades de cierto galán por la esposa del fiscal que, por cierto, no podía vanagloriarse de tener atado a sus faldas a su justiciero marido.

Aquel trabajo de zapa empezaba a dar resultados. Todo el mundo comentaba en voz baja los dimes y diretes de los periódicos.

Stowell sonreía al leerlos, sonreía como hiciera otras veces, pero ahora su sonrisa era falsa. Reian sus labios, mientras que, en su interior, una inquietud extraña había hecho presa en él.

Precisamente, aquella noche regresaba a su casa con ánimo de recogerse a la paz del hogar, después de muchos días de haber vivido obsesionado, pensando tan sólo en el caso Mac Arlan, y en la forma en que presentaría la acusación definitiva. Sentía una laxitud extraña, un deseo irreprimible de olvidar por unos instantes aquel asunto que empezaba a inquietarle de una manera extraordinaria.

Encontró a su mujer acompañada de Bob, departiendo amigablemente con él. Habían tomado el té juntos, y estaban tan entusiasmados hablando que no se dieron cuenta de su presencia hasta que él estuvo a dos pasos de ellos. Bob, al verlo, se levantó presuroso y después de saludarle, le dijo:

—Me marchaba ahora mismo. Hace ya mucho rato que debía haberlo hecho.

Stowell no se tomó la molestia de insistirle para que se quedase. Tardó unos instantes en estrechar la mano que el joven le tendía, hizo una mueca de disgusto cuando éste se inclinó para besar respetuosamente la de Lucy, y lo dejó marchar casi sin contestar al último adiós del joven. Marido y mujer quedaron solos. Stowell no se acercó para besarla, ni

ella hizo ningún gesto para reclamar aquella caricia habitual en ellos. El fiscal tenía la impresión penosa de que algo les separaba algo que cada día les iba alejando más y más, y que acabaría apartándolos definitivamente el uno del otro.

Empezó a hablar con su mujer. Su acento era frío y duro.

—Lucy. Supongo te habrás tomado la molestia de leer los periódicos de estos últimos días. No es que yo les dé la menor importancia a lo que dicen, pero... Tú sabes cómo los Mac Arlan andan buscando tres pies al gato a fin de poder hundirme, salvando a uno de ellos de la silla eléctrica. No quisiera que lo consiguieran ni siquiera aparentemente. Por eso te agradeceré que, por lo menos, hasta que termine el juicio, le pidas a Bob que se retraija un poco. En una palabra, que no freciente tanto esta casa.

Hubo una pausa. Los ojos de Lucy contemplaron a Stowell con una mirada «nueva», una mirada que él no había visto jamás en ellos. Una mirada mezcla de asombro y de desprecio.

—No veo la necesidad de ello —repuso más friamente todavía que su marido—. Me une a Ana y a Bob una amistad entrañable y me parecería, sumamente incorrecto y estúpido rogarle al muchacho que dejara de venir porque unos cuantos periodistas sin escrupulo han querido hacer una bandera de escándalo de todo esto. El chico había venido precisamente a decirme que había reñido con Ana. Cosas de muchachos. Y yo había pensado que...

—Lo que pueda pasar entre Ana y Bob, lo que puedas pensar tú poco me importa —repuso Stowell encogiéndose de hombros—. Pero me importa mucho, ¿sí? —¡mucho! no caer en el ridículo. Ahora que sabes mi opinión sobre el asunto y mi deseo, que te he expuesto hace un instante, eres libre de hacer lo que te parezca.

Esta vez Lucy no se dignó contestar a las insinuaciones de su marido. Se encamino lentamente hacia la escalera que conducía a las habitaciones superiores, y entró en su cuarto.

Stowell quedó unos instantes clavado en el sitio, sin dar un paso hacia adelante ni hacia atrás, queriendo seguir a su mujer y no atreviéndose a hacerlo. Sus ojos azules, grandes y expresivos, relampaguearon de ira. Sus facciones angulosas se desencajaron. Se mordió los labios con rabia. El, tan dueño de su voluntad, acababa de perderla en un instante. Por unos momentos el fiscal Stowell, el hombre incorruptible, el hombre de la corrección exquisita, comprendió que se pudiera pegar

a una mujer, porque él mismo acababa de experimentar el deseo de hacerlo. Nunca habría creído que pudiera reaccionar de aquella manera ante una actitud de Lucy que a él le parecía injusta. Se creía enteramente dueño de sí mismo, y he aquí que una réplica airada y fría de su mujer acababa de ponerle fuera de sí.

Se acercó lentamente a la caja de caudales, practicada en la pared del salón, sacó el disco de Mac Arlan, lo colocó en la gramola, y se sentó en un sillón, hundiendo la cabeza entre sus manos.

¿Cuánto rato permaneció en aquella actitud, escuchando, primero, la voz de Mac Arlan; luego, la de su propia conciencia? ¡Ni él mismo habría sabido decirlo! Había perdido completamente el sentido del tiempo y del espacio. Cuando consiguió reaccionar, se levantó rápidamente y con pasos de automata se dirigió a la habitación de Lucy. Iba decidido a tener una explicación con ella, a derribar de un manotazo aquel mal entendido rencor que les separaba. A pedirle perdón por el mal que hubiera podido hacerla y a pedirle, a exigirle si fuera necesario, que cambiara su actitud para con él. No podía seguir de aquella manera. ¡No podía!

Cuando entró en la habitación de su esposa, ésta se hallaba ante el espejo de su tocador, empolvándose. Se había quitado el traje que llevaba cuando él llegó a la casa, y se había colocado un deshabillé color de rosa. Estaba irresistiblemente tentadora. Stowell se le acercó, y al contemplarla de cerea, al contemplar aquel tesoro de juventud y de belleza que le pertenecía por completo, olvidó un instante lo que le había traído allí para inclinarse sobre ella y besarla en el cuello.

Y entonces, ¡ah!, entonces los ojos de Stowell se clavaron en el espejo, y contemplaron el rostro bellísimo de su mujer, y vieron claramente la expresión de intenso desagrado que se reflejaba en él, y el gesto casi imperceptible de rechazar la caricia que hicieron sus hombros. Tan claramente como lo había visto el infeliz Mac Arlan la noche fatídica.

Lo que pasó entonces por el ánimo de Stowell, sólo un hombre habría podido comprenderlo: aquel mismo hombre a quien el fiscal había acusado tan duramente. Aquel pobre hombre que esperaba la sentencia condenatoria porque sabía que después de la acusación del fiscal ningún Jurado sería capaz de absolverlo.

Stowell salió de la habitación de su mujer después de ha-

berla oido decir a ésta que iba a casa de su amiga Ana. ¡Mentira! Tan mentira como la que causó la muerte de la mujer del doctor. ¡Estaba seguro de ello!

Unos minutos después salía Lucy de sus habitaciones, vestida con un hermoso traje de noche, cubiertos sus hombros con una capa oscura. Stowell, oculto en la semipenumbra del hall, la vió salir. Obedeciendo a un impulso irresistible salió detrás de ella. Un instante después, subía a un taxi y le daba nerviosamente al chófer la dirección de la casa de Ana, la joven novia de Bob.

No tardó en llegar allí. Descendió del coche, llamó ansiosamente a la puerta, como si tuviera prisa en cerciorarse de la verdad que presentía, aquella terrible verdad en la que no quería creer todavía. Se abrió ésta y apareció la figura de la joven en el dintel. Stowell hubo de hacer un gran esfuerzo para sonreírle al mismo tiempo que le decía:

—Vengo en busca de Lucy. Me dijo por teléfono que vendría a verte, y me pidió que pasase a recogerla.

El rostro de la joven expresó un gran asombro.

—Pues no está aquí. No ha venido en todo el día. Yo pienso ir a verla mañana porque...

Iba a contárselo sin duda el pequeño drama amoroso de su rompimiento con Bob, pero Stowell no le dió tiempo de hacerlo. Su propio drama absorbió por entero su pensamiento.

Volvió a subir al coche y le dió la dirección de la casa de Bob. ¡Ahora si que estaba seguro de que su mujer estaba allí!

Mientras avanzaba el taxi, a través de las calles más concurridas de la ciudad, Stowell acariciaba maquinalmente la culata del revólver, aquel revólver que en el último momento, antes de salir de casa, había tenido la precaución de meterse en el bolsillo. ¡Allí estaba el arma, silenciosa y arteria, esperando el momento en que el dedo nervioso del hombre oprimiera el gatillo para convertirse en un instrumento de muerte!

Llegaron a la casa de Bob, una casita encantadora, situada en las afueras de la población, con un jardincito, una casa que debía parecerse a la descrita por Mac Arlan en su relato, como una gota de agua a otra gota de agua.

Descendió del coche. Abrió la verja, y avanzó cautelosamente por el jardín envuelto en la penumbra. Una de las ventanas de la parte baja de la casa estaba iluminada. Las cortinas estaban levantadas. Por lo visto, los ocupantes de la misma no tenían nada que ocultar a la vista del público.

Los ojos del fiscal tenian un brillo felino. Estaban contemplando la escena que habían presentido, mientras el coche le conducía hasta allí.

Bob y su mujer, con un impudor inconcebible, se habían colocado de pie, frente al marco de la ventana iluminada. Tan embobidos debían estar en su amor que ni siquiera se habían dado cuenta de que podían ser observados por los transeúntes. No podían imaginar siquiera que una persona, una persona apostada en la sombra, pudiera estar contemplándoles, como hacia él ahora, sin perder un detalle de lo que hacían.

Estaban allí, de pie muy juntos, mirándose. Lucy hablaba animadamente, y aunque el eco de sus palabras no llegaba a oídos de Stowell no era difícil suponer que sus labios pronunciaban palabras de amor, las mismas palabras de amor que había empleado tantas veces para hablar con él en otros tiempos, otros tiempos que a pesar de ser tan cercanos, le parecían lejanos, lejanísimos. Bob sonreía, sonreía con su seductora sonrisa juvenil, aquella sonrisa un poco ingenua, de niño grande, de muchacho que ha dejado el colegio para vivir su primera aventura de amor. Era la suya una sonrisa prometedora, aunque, Stowell no podía comprender por qué, negaba obstinadamente con la cabeza, diciendo que no...

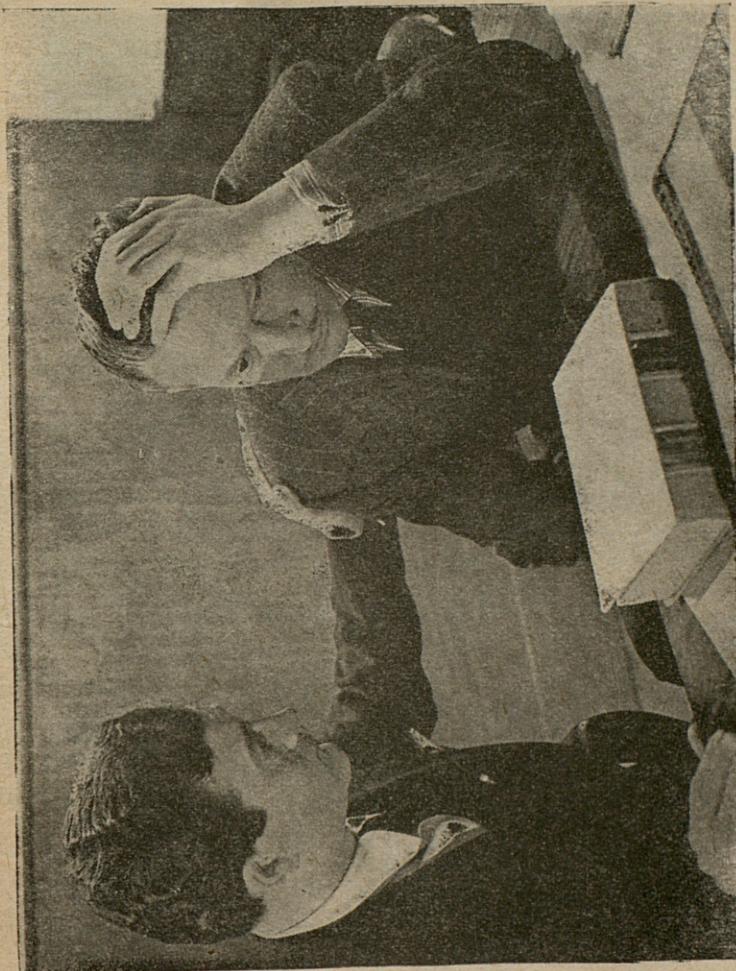
Las manos del joven se habían posado en los brazos de Lucy, a la altura del hombro, como una caricia. Iba sin duda a atraerla hacia él para besarla...

El corazón de Stowell había empezado a latir apresuradamente dentro del pecho, hasta casi producirle un malestar físico. Experimentaba la misma sensación que debía experimentar la persona cuyo cerebro estuviera a punto de hundirse en las sombras de la locura. Las sienes le martilleaban fuertemente. Sufría, sufria horriblemente como nunca creyó que pudiera sufrir un ser humano.

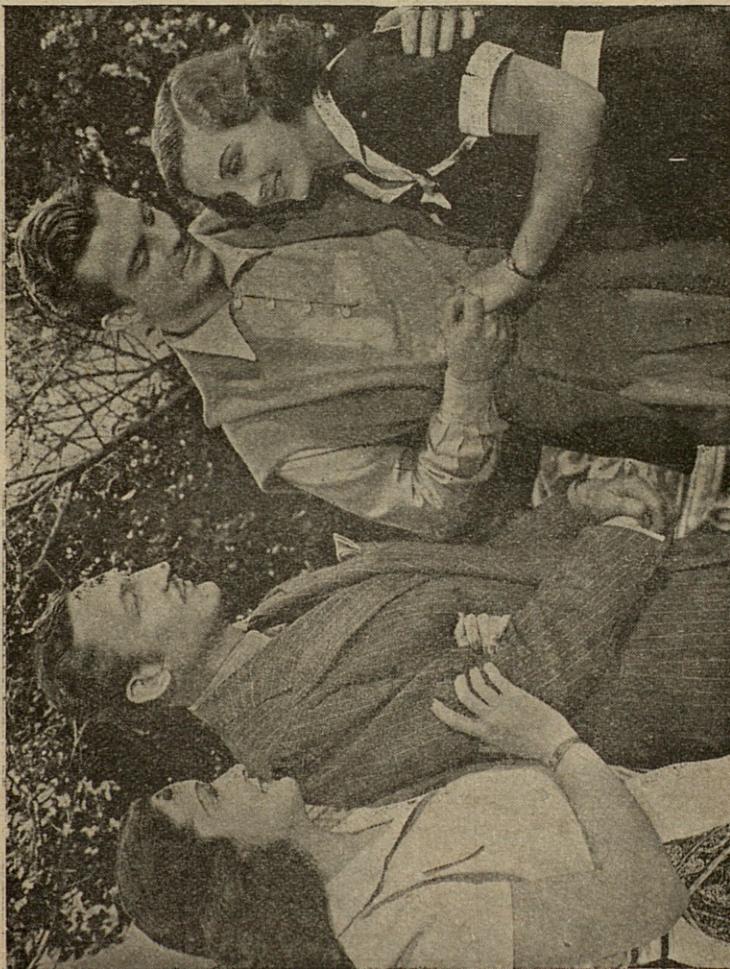
Pasaron unos instantes largos como un siglo. Los oídos de Stowell escucharon claramente, como si un ser invisible se las estuviera repitiendo allá, en la penumbra del jardín, las palabras del doctor Mac Arlan, que él había impresionado cruelmente en un disco, para tener una prueba fehaciente de su crimen.

—Y entonces...

Las manos trémulas del fiscal, del alto magistrado representante de la Justicia, buscaron temblorosas el arma homicida. La historia del marido celoso que mata a su mujer



Stowell estaba viviendo unas horas de amargura infinita.



El matrimonio Stowell, contemplaba la felicidad de Bob y Ana.

infiel en un rapto de celos, iba a repetirse. El «crimen pasional», del que él se había burlado tantas veces, iba a realizarse una vez más, e iba a ser él ¡él! el protagonista.

Transcurrieron unos instantes angustiosos, que fueron una eternidad para Stowell. Si un momento antes su corazón palpitaba tan aceleradamente que parecía fuera a estallar en su pecho, ahora, por el contrario, le producía la sensación de que había cesado de latir, y que iba a morir irremisiblemente.

La mano derecha de Stowell había sacado el arma del bolsillo del pantalón y la había levantado ya, pronta a oprimir el gatillo. Las palabras de Mac Arlan seguían martilleando en sus oídos: «Maté a mi mujer, maté a la infiel que había ido a buscar en brazos de otro hombre lo que no podía hallar en los míos...»

Lucy y Bob seguían en la misma actitud de un momento antes. No se habían besado todavía, pero no tardarían en hacerlo sin duda. Stowell seguía mirándoles como un obseso, esperando y temiendo al mismo tiempo el instante fatídico.

De pronto, el fiscal pareció despertar súbitamente en aquel hombre, en aquel pobre ser poseído de la pasión de los celos. La voz de su conciencia empezó a hablarle con palabras duras, implacables, con aquellas mismas palabras con que él solía acusar a los delincuentes que caían bajo su elocuencia...

La mano que sostenía el arma tembló asustada. El dedo que iba a oprimir el gatillo, se retiró. Los nervios de Stowell, que habían estado en tensión desde el instante en que intentó besar a su mujer ante el espejo, se aflojaron súbitamente. El fiscal había vencido, había conseguido dominar al hombre víctima de sus pasiones brutales y mezquinas. Stowell se cubrió el rostro con las manos y sollozó unos momentos en silencio, como un niño. Cuando pudo mirar de nuevo a sus presuntas víctimas, estas seguían todavía en su mismo sitio, como desafiándole, hablando animadamente, aunque sin que entre ellos hubiera mediado todavía aquella caricia que hizo enloquecer de celos al infeliz Mac Arlan. Pero ahora ellos no tenían ya nada que temer de aquel hombre abatido y deshecho que se retiraba lentamente, abandonando el jardín en sombras, y se perdía calle arriba...

Cuando Stowell regresó a su casa, parecía como si hubieran caído diez años sobre él. Había envejecido de repente. Sus facciones se habían desencajado terriblemente, su rostro se había llenado de arrugas, las arrugas de la amargura en las

comisuras de los labios, las arrugas de la preocupación en su frente clara y despejada.

Sasó el revólver del bolsillo, aquel revólver con el cual había estado a punto de cometer un crimen y lo contempló unos instantes como obsesionado. Un mal pensamiento cruzó por su frente. Pensó, pensó que llevándose el arma a la sien y oprimiendo el gatillo todo aquel dolor lacerante que le oprimía el pecho, todo aquel caos de sus ideas que bullía en su cerebro, terminaría de repente.

En aquel instante se oyó una voz femenina, que le llamaba por su nombre, con una exclamación que era casi un grito. Stowell se volvió súbitamente. En el dintel de la puerta de entrada de la casa estaba su mujer, Lucy, la infiel, a la que él suponía todavía en brazos de otro hombre. Se acercó a él, y al ver aquel rostro, al mirar aquellos ojos la luz se hizo de repente en ella, comprendiendo el drama que había vivido su marido. Unas palabras de éste afirmaron sus sospechas, pero comprendió que Stowell dudaba de ella, que no había matado por un sentimiento del deber, no porqué no la creyera culpable y bajando la cabeza, anonadada, subió la escalera que conducía a sus habitaciones y se encerró en su cuarto.

CAPITULO III

Creola había terminado su trabajo, es decir, tenía mucho trabajo todavía, pero con la pereza propia de los seres de su raza, había terminado las ganas de hacerlo. Sentada cómodamente en un sillón de su cuarto, con las piernas colocadas sobre el brazo del mismo, escuchaba la radio, pensando que servir en una casa como aquella equivalía a servir en el paraíso.

Allá en el Palacio de Justicia se celebraba la última sesión de la vista de la causa contra Mac Arlan. La defensa había dicho ya su última palabra pidiendo la absolución del procesado, haciendo un brillante elogio de la personalidad de éste, de su vida privada, que hasta el día del crimen había estado al margen de toda crítica, y señalando en contraste la personalidad de la muerta, que antes de contraer matrimonio con Mac Arlan, había llevado una vida privada bastante equívoca. Ahora el fiscal Stowell, el duro, el implacable, el inflexible fis-

cal Stowell tenía la palabra, y era de presumir que ésta sería condenatoria.

Se hizo en la sala un silencio expectante. James Stowell se levantó, avanzó hacia el juez, y con voz clara y fuerte, aunque levemente temblorosa, dijo:

—Ruego a Su Señoría me permita retirar las acusaciones que hasta ahora había hecho recaer sobre el culpado.

Un ¡oh! de admiración salió de las gargantas de todos los presentes, seguido de un murmullo de comentarios. El Presidente del Tribunal impuso silencio.

Y volvióse a oír la voz de James Stowell, aquella voz tan temida de todos los asesinos, aquella voz que lanzaba siempre el ¡Yo acuso! sin que temblara nunca.

Pero esta vez los labios de Stowell no pronunciaron el ¡Yo acuso! Al contrario, empezaron a hablar un lenguaje desconocido para ellos, un lenguaje que no habían empleado nunca. Un lenguaje de comprensión, de noble y amplia comprensión por el homicidio cuyas causas se estaban ventilando en el Palacio de Justicia. Todas las palabras que había dicho antes, en los distintos días que había durado la vista de la causa, habían sido dictadas por una falsa concepción de la Justicia. Ahora lo reconocía ampliamente, y pedía perdón por haber sido tan duro, por haber persistido en un error que habría podido ser de funestas consecuencias para el acusado. Comprendía que no debía delinuirse nunca, pero que habían de aceptarse las circunstancias atenuantes, sobre todo en un caso como aquel, en el que la personalidad del acusado, su honradez, su nobleza, la rectitud de su vida y de sus obras, lo ponían al margen de toda crítica anterior. Un incidente fortuito, que él no podía revelar, le había hecho ver claramente el abismo en que había estado a punto de precipitarse otro hombre honorable como el que ahora se sentaba en el banquillo de los acusados, esperando la justicia de sus semejantes. Si aquel incidente fortuito no se hubiera producido, el fiscal Stowell no habría ido allí con la plena conciencia de sí mismo a pedir justicia con el acusado, pero una justicia de acuerdo con las atenuantes que era humano apreciar en la comisión de aquel delito. Mac Arlan no debía ser considerado un delincuente vulgar, un hombre que mata premeditadamente, por un deseo de venganza, por un afán de lucro, por nada bajo y vil, sino por desesperación, por ceguera momentánea, por amor ¡si, por amor! Porque en el impulso ciego que le había

inducido a disparar contra su mujer, matándola, había destruido lo que más amaba en el mundo. No pedía, pues clemencia por aquel hombre, que en la mera comisión del delito ya había sido castigado duramente, sino justicia, ¡justicia! Pero una justicia basada en la comprensión por aquel drama íntimo del inculpado que se sentaba en el banquillo, de aquel hombre que durante la vista no había pronunciado ni una sola palabra para defenderse, como si aceptara de antemano la sentencia que habría de recaer sobre él. El fiscal pedía ahora que aquella sentencia, sin absolver al acusado de un crimen que forzosamente tenía que expiar ante la sociedad, fuera todo lo benéfica que él merecía...

Así habló Stowell ante el auditorio de magistrados, periodistas y público, que le escuchaban atónitos. Nadie podía creer lo que estaba oyendo, nadie habría podido imaginarse un rato antes, cuando él se levantó a hablar y corrió por toda la sala un estremecimiento parecido al miedo, que el fiscal fuera a expresarse en aquellos términos que acababa de hacerlo. El más sorprendido de todos fué el defensor, que dos días antes había ido al despacho de Stowell para hablar con él de hombre a hombre y pedirle, casi podría decirse — suplicarle — que fuera un poco clemente con su defendido, ya que no se trataba de un criminal vulgar, sino de un hombre de ciencia, de un hombre de honradez sin tacha, que había matado en un momento de ceguera. Precisamente todas aquellas cosas que con una elocuencia arrebatadora — Stowell era verdaderamente formidable, aún cuando no se trataba de acusar, sino de «excusar» — poco salía de su apoteosis. Entonces Stowell se había mostrado poco salía de su apotesis. Entonces Stowell se había mostrado implacable, asegurando a su compañero de profesión que nada ni nadie lograría apartarle de su camino, y que acusaría a Mac Arlan con toda la fuerza aplastante de la razón. ¿Qué motivos le habían conducido por aquellos caminos de la benevolencia? ¿Qué razones profundas le habían llevado a cambiar tan rápidamente de pensamiento?

¡Ah! Si James Stovell hubiera podido hablar, habría dicho que los motivos y las causas que habían influido en su ánimo no podían ser más sencillas y convincentes. Había experimentado en su propia alma, en su propia carne, el mismo dolor de Mac Arlan. Sus manos habían estado a punto de mancharse de sangre, como las de Mac Arlan, y precisamente el recuerdo de Mac Arlan era el que le había detenido en el último

instante. El recuerdo de aquel hombre eminentemente convertido en un pobre ser deshecho y balbuceante, oprimido por el dolor, llorando como un niño, había detenido el brazo homicida. A Mac Arlan, y sólo a Mac Arlan debía Lucy la vida.

Tal vez en aquellos momentos de desesperación que estaba viviendo aquella pobre mujer, no hubiera sido capaz de agradecerlo. Al contrario, si hubiese sabido que su marido había estado a punto de matarla, y que sólo un milagro la había salvado, habría sido capaz de gritarle, desesperada:

—¿Por qué no lo hiciste?

Lucy Stowell estaba viviendo unas horas de amargura infinita. La amargura de ver como poco a poco, día tras día, había ido perdiendo lo que constituía su vida misma, la base de su felicidad, el sentimiento que le hacía agradecer la existencia que Dios le había dado, como un don divino. Lucy se daba cuenta de que estaba dejando de querer a su marido. De que aquel amor hondo, profundo, inmenso, que sentía por Stowell, y que había vencido todas las duras pruebas a las que la inconsciencia profesional del fiscal había querido imponerle, se estaba muriendo rápidamente en su pecho. Esto había empezado a suceder el día en que él la dejó plantada para encargarse del caso Mac Arlan. Y ahora...

Precisamente aquel caso había tenido la culpa de todo. Lucy había cerrado los ojos siempre cuando se trataba de juzgar a su marido. No quería oír las críticas que se hacían a veces en torno suyo, respecto a su actuación como fiscal, a su implacable concepto que de la Justicia había tenido siempre, y que se traducía en aquella elocuencia acusatoria. Pero el caso de Mac Arlan le había llegado al alma. El disco aquel que Stowell había llevado a su casa, había acabado de inclinar su ánimo a favor de aquel pobre hombre, que con acentos desgarraadores había contado su tragedia ante su marido. ¿Y cómo le había pagado éste? Impresionando aquel disco, abusando de aquel momento de debilidad provocada por su artera habilidad en hacerle hablar.

Y Lucy empezó a darse cuenta de que un sentimiento parecido al del odio la iba separando de su marido. En días sucesivos, al leer las sesiones que iban celebrándose de la vista del juicio y ver cómo Jimmy acusaba, acusaba, acusaba, en una forma que casi parecía un placer sádico, su aversión hacia él fué creciendo de punto. Luego, las palabras de éste dándole

a entender que se sentía celoso de ella y de Bob, empezaron a abrir el abismo que fatalmente había de separarles.

La noche que al regresar a su casa encontró a Stowell con el arma en la mano y por las palabras que él pronunció llevó a entrever lo que había sucedido, la pasó completamente en vela, llorando amargamente, desesperadamente, esperando tal vez que su marido llamase a las puertas de su habitación, para acogerse a aquel último recurso y salvar su amor, salvar aquel amor que era su supremo bien en la tierra...

Pero Stowell no había venido. Había llegado la mañana y se había ido, hosco y ceñudo, a acusar definitivamente a Mac Arlan, a hacer que lo condenaran con su maldita elocuencia. Ella no había querido humillarse en ir hacia él, para decirle el motivo que la había llevado a casa de Bob. Si no tenía plena confianza en ella, era todo inútil. Tampoco la habría creído.

Lentamente, sintiendo a cada momento un desgarramiento interior, Lucy empezó a hacer sus maletas. Estaba decidida. Se iba de aquella casa para siempre ¡para siempre! Sentía que después de lo ocurrido, ella no podría vivir ni un minuto más bajo el mismo techo de James Stowell.

Cuando todo estuvo preparado, bajó las escaleras que conducían al hall. Apenas había llegado allí oyó la voz de Creola que la llamaba por su nombre. La criada, ignorante de la decisión que había tomado su amiga, había seguido escuchando la radio y he ahí que acababa de oír una noticia sensacional, sensacionalísima.

Salió como un bólido de su cuarto y fué al encuentro de Lucy, que en aquel preciso momento se disponía a salir, después de haber dicho un adiós definitivo a todas aquellas cosas queridas, que le recordaban tantos momentos felices.

—Señorita, señorita, venga en seguida... La radio está hablando del señor. No sé qué dice que ha dicho en el juicio de este señor que mató a su mujer.

Lucy acudió con desgana. Suponía de antemano lo que iba a oír: Mac Arlan condenado. El fiscal ha sido implacable...

Pero, no, no. Era todo lo contrario. El fiscal había retirado su acusación en el último momento. Había pronunciado unas palabras insólitas, inexplicables casi, había llegado un momento en que más que fiscal, parecía el abogado defensor de Mac Arlan... El fallo había sido favorable. El doctor era condenado a doce años de cárcel...

Los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas. Lágrimas benditas, de alegría infinita. Lágrimas que arrastraron consigo todos los malos pensamientos, y todo aquel sentimiento de odio, que poco a poco casi sin darse cuenta había empezado a sentir por aquel hombre tan amado.

Y cuando Stowell regresó a su casa con el corazón hinchido de una felicidad desconocida, encontró a Lucy con los ojos todavía húmedos de lágrimas. Le bastó dar una mirada a su alrededor, ver las maletas que se apilaban en el hall, contemplar unos intantes en silencio el rostro de su esposa para darse cuenta de lo que sucedía. Pero rompió a hablar, como un acusado que hace su propia defensa y... ¿No habíamos quedado en que Stowell era de una elocuencia arrebatabadora?

Y como si esto fuera poco, entraron de pronto en la casa con un revuelo de juventud y alegría, Joan y Bob, vestidos con sus «trapitos de cristianar», llenos de alegría, de felicidad, de júbilo... ¿Cómo no iba a ser así, si acababan de casarse, ¡así como suena!, casarse hacia media hora? Sistema americano, sin previo aviso, en uno de aquellos arrebatos juveniles, decididos a dirimir su próxima querella en el hogar propio, y tirándose la vajilla propia por la cabeza... Ignorantes del drama que había estado a punto de desarrollarse en aquella casa, irrumpieron en ella como un torbellino.

—A Lucy y sólo a Lucy le debemos nuestra felicidad — dijo Bob. —Si no llega a ser por ella que vino a verme a mi propia casa por la noche, después de haberme peleado con Ana, y me hubiese convencido de que debía volver al lado de ella, que la felicidad sólo pasa una vez en la vida por nuestro lado y que a veces somos tan tontos de pisotearla inconscientemente, yo me habría emperrado en marcharme a Europa sin volver a ver a este mamarrachito que está a mi lado y que no sé cómo se ha convertido en mi legítima esposa — dijo Bob, riendo.

—¡Oh, Lucy! A tí y a nadie más que a tí debemos nuestra felicidad. ¡Que Dios te bendiga y te haga tan dichosa como mereces!

Abrazos, besos, felicitaciones, de todo hubo. Stowell recibió en plena mejilla un beso de la hermosa novia, que no podía imaginarse hasta qué punto acababa de hacerlo feliz.

Y cuando los novios se marcharon tan rápidamente como habían venido, dejando una estela de alegría y de juventud, Stowell bajó la cabeza avergonzado por el peso de su culpa.

deseando pedir perdón a aquella mujer, de la cual había dudado, a la cual había ofendido sólo con la sombra de una duda...

—Lucy — le dijo en voz baja y emocionada. —Estoy tan confundido que no sé, verdaderamente no sé qué decirte. No te pido que me perdes porque ahora en este momento es imposible. Sólo te suplico que no me abandones, que en memoria de las horas felices que hemos vivido juntos me permitas permanecer a tu lado, para ir reconquistando poco a poco tu cariño. Y tal vez cuando haya pasado algún tiempo y hayas conseguido olvidar, entonces...

—Jimmy — repuso ella con un hilo de voz. —¡Jimmy! Cuando ayer te inclinaste sobre mí ante el espejo para besarme, creí odiarte. Tal era la rabia y el despecho que había acumulado dentro de mí. Pero ahora comprendo que tú tenías también tus razones para obrar como obrabas y que yo he sido un poco egoísta. ¡Sí, sí, Jimmy! Aquel sentimiento se ha desvanecido por completo. Ahora...

—Ahora... — repitió Stowell ansiosamente.

—Ahora vuelvo a ser tu Lucy, tu Lucy de siempre... ¿Comprendes? Aquella Lucy que tú supiste conquistar a fuerza de cariño...

Le tendió los brazos, y Stowell se echó en ellos, abrazándola conmovido. Se besaron apasionadamente y el austero fiscal sintió que Lucy devolvía aquel beso con el mismo éxtasis con que había devuelto su primer beso de amor.

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiletero perdidio*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Lowe.
* — 4. *La vida de la Boheme*, por Marta Eggerht y Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
* — 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kienura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costal*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
— 24. *Impetu de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodol Forster.
— 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 29. *La que apostó su amor*, por Betty Davis y George Brent.
— 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
— 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Cedric Hardwick.
— 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
— 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
— 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
— 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Helli Finkenzeller.
— 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
— 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
— 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerht y Paul Hartmann.
— 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
— 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
— 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
— 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.

* Agotadas.

En preparación

EL OCASO DEL PODER, interpretada por
BUCK JONES y DOROTHY DIX

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA

N.^o 43

